

VARIEDADES

En la Academia Literaria del Plata.

Con motivo de la admisión de nuevos socios, celebró la Academia Literaria del Plata, el día 29 de mayo, un acto patrio, cuyo programa fué el siguiente:

Athalia (Obertura) Mendelssohn.—Por la orquesta.

Visión de patria.—Discurso por el señor Académico ingeniero Adolfo Mugica.

La Vierge (Legende sacrée).—a) *Dernier sommeil*, b) *Danse galiléenne*. Massenet.—Por la orquesta.

Discurso de recepción.—Por el señor Académico Francisco E. Viale.

Breve contestación.—Por el señor Presidente de la Academia, Dr. Eduardo Alemán.

Andante de la Sonata op. 13. Grieg.—Por la orquesta.

Canto a los Granaderos.—Poesía del señor Académico Eduardo R. Rossi, declamada por el señor Académico Fernando Legón.

Roi de Lahore. «O casta fior». Massenet.—Por el barítono don Fidel Aiello, de la Academia del Colón.

Las campanas.—Poesía del señor Académico Alfredo Carlos Fragueiro.

Marcha triunfal.—Poesía de Rubén Darío, declamada por el alumno Ismael Alchourrón, de la Academia de Declamación del Salvador.

Valse op. 34. Chopin.—Por la orquesta.

¡Qué bien el orador! Prosa festiva, por el señor Académico Torcuato Ynsausti.

Simón Boccanegra. «Il lacerato spirito». Verdi.—Por el bajo don Venancio de Escobal, de la Academia del Colón.

La huelga de los herreros.—Declamación del eximio actor Enrique Borrás.

Acompañó en el piano los números de canto el profesor de la Academia del Colón don Tulio Quercia, y dirigió la orquesta el maestro Luis V. Ochoa.

Los socios que se incorporaron a la Institución son los siguientes:

Ernesto Juan Aberg Cobo, Toribio de Achaval, Alejandro Bunge (hijo), Máximo Bunge, Raúl Cazenave, Luis Amílcar Ceci, Antonio Dellepiane Avellaneda, Héctor María Frery, Juan Sceundino Maurín, Manuel Alfredo Moyano, Javier José Padilla, José Alberto Pando y Carabassa, Miguel José Pando y Carabassa, Emilio Luis Perissé y Pallejá, Lino Roberto Piñero Sorondo, Alberto Francisco Risso, Ricardo Rocha, Eugenio Roza, Arturo P. Rueda Zaballa, Alberto Salvador Suárez Anzorena, Francisco Eustaquio Viale.

La Academia recibió sinceros parabienes, no sólo por el éxito de la velada, sino también y muy principalmente por el crecido número y valioso elemento que se incorpora en sus filas.

Sociedad de exalumnos del Salvador.

El día 12 de junio se reunió en Asamblea la Sociedad de Exalumnos del Salvador, al objeto de renovar la Junta Directiva, para el trienio 1924-1927. El vicepresidente señor Joaquín Amoedo hizo un recuerdo afectuoso del Presidente Dr. Juan B. Estrada, recientemente fallecido, enalteciendo las eximias cualidades del extinto y las actividades que en todo momento desarrolló para el incremento de la Institución, e invitando a la asamblea a ponerse de pie y elevar en silencio una plegaria por el finado, lo cual realizó la Asamblea con visible emoción. Acto seguido se procedió a la renovación de la Junta Directiva, la cual quedó constituida en la siguiente forma: Presidente, doctor Santiago G. O'Farrell; Vicepresidente, señor Joaquín R. Amoedo; Secretario, doctor Alfonso E. Pocard; Tesorero, señor Isaac Ayerza; Vocales: ingeniero Alejandro E. Bunge, señor César Adrogué, doctor Julio E. Pellicer, señor Luis Balbiani, doctor Gastón F. Tobal, señor Martín Pereyra Yraola y doctor Rafael Ynsausti.

Un recuerdo agradable.

El Eco de la Liga de Damas Católicas del Uruguay suscribe la siguiente noticia, que de seguro será del agrado de nuestros lectores:

«Todòs los diarios de la vecina capital se han ocupado estos días del fallecimiento del doctor Carlos Becú, escribiendo al respecto artículos necrológicos en los que se comenta la desaparición de este joven y talentoso abogado, arrancado al porvenir de su patria y al cariño de los suyos tan prematuramente. Se ha omitido, sin embargo, un detalle interesantísimo de su vida, que da gran relieve a su vigorosa personalidad, que no podemos dejar pasar desapercibido. Durante las largas y crueles alternativas de la dolorosa enfermedad que aniquiló su cuerpo, recibió el doctor Becú el don maravilloso de la vuelta a la fe de sus primeros años. Espontáneamente solicitó los auxilios de la religión, preparándose durante largo tiempo para la recepción de los Santos Sacramentos. El eminente P. Schelibon, religioso franciscano, fué llamado en su auxilio espiritual, a pedido del enfermo; éste, una vez que se consideró a sí mismo debidamente preparado, recibió la sagrada Comunión varias veces antes de morir, con gran fervor, gozando de verse reconciliado con su Creador y dando pruebas evidentes de una sincera conversión.

Unos cuantos días antes de su muerte, escribió para consuelo de los suyos la oración que transcribimos, en la que se transparenta el gran deseo de vivir de un hombre joven que ve desvanecerse ante sí un brillante porvenir y la resignación y sumisión de un buen cristiano a la Divina voluntad.

Dice la oración escrita sin vacilaciones y sin una corrección, al correr de la pluma y al desbordar del corazón:

«Señor Todopoderoso que me habéis hecho la gracia infinita de devolverme los sentimientos de la fe y de vuestro respeto, amor y temor, os ruego que también me devolváis la salud del cuerpo, para darme oportunidad de hacer prácticos aquellos sentimientos, para que pueda ofrecer el ejemplo de un hogar cristiano, donde Vuestro Nombre sea guía de todos; para que pueda hacer la felicidad de los míos, y ayudar, en lo posible, a los extraños; para que pueda

ocuparme en lo que me corresponde, de los intereses de Vuestra Santa Religión.

»Todo esto prometo hacer, y Vos, que veis el fondo de los corazones, bien sabéis que esa es mi firme intención. Amén.»

El doctor Becú era hijo de nuestros compatriotas don Carlos F. Becú y doña Sara García Lagos, insigne bienhechora de la Liga, y ocupaba, como se sabe, un puesto conspicuo en la sociedad, en la política y en la banca bonaerense.»

Los aparatos mecánicos y los pájaros.

Comparando la velocidad de los aparatos mecánicos con la de los pájaros, se echa de ver que ciertas aves hacen prodigios parecidos o mayores.

La locomotora alcanza, en cortos trechos, una velocidad de 110 a 120 kilómetros por hora. El automóvil, también en pequeñas distancias, sobrepasa el andar de 150 kilómetros por hora. Y finalmente, los aeroplanos han excedido en su marcha a la cifra de 160 kilómetros por hora.

Ahora bien, la codorniz salva 17 metros por segundo, lo que hace un total de 61 kilómetros por hora. La paloma mensajera, 27 metros por segundo, o sean 100 kilómetros por hora. El águila, 31 metros por segundo, igual a 112 kilómetros por hora. La golondrina, 67 metros al segundo y 241 kilómetros por hora. El martinete, 88 metros por segundo, o sea 316 kilómetros por hora.

Aún quedan al hombre motivos de emulación, a pesar de sus esfuerzos.

La potencia del eucalipto como elemento carbonífero.

Un profesor inglés, el señor Hutchins, ha demostrado que la densidad y el poder calorífero de la madera del eucalipto seco, supera a la del carbón mineral. Deduce de este hecho, el mentado botánico, que vastas regiones de Africa, de América y de Australia, son altamente apropiadas para plantarlas con esta especie, de crecimiento verdaderamente insuperable.

Calculando que cada hectárea de bosque de eucalipto sólo produce al año 50 toneladas de leña, dejando subsistentes los árboles, se tendría una producción de combustible superior al que rinden las minas de carbón, y con la ventaja de que mientras éstas se agotan, la de los bosques de eucalipto indefinidamente rendirían mayores cantidades de combustible.

El «rayo diabólico».

Con el nombre melodramático de «rayo diabólico» o «rayo de la muerte», viene hablándose mucho del invento del ingeniero británico Grindell Matthews, atribuyéndosele a éste sorprendentes experimentos. Se trataría de una nueva aplicación de la corriente de alta frecuencia, que el inventor habría logrado dirigir por medio de un rayo que no es ultravioleta ni rayo X, y mediante el cual se harían saltar los explosivos a distancia, se paralizaría la acción de los motores y se fulminaría a ratones, conejos, etc. Los experimentos de Mr. Matthews, que hasta ahora sólo se han efectuado a 6 o 7 metros de distancia, no parecen haber convencido a los sabios de ultra Mancha, y el inventor, decidido a expatriarse, llegó a París.

«El profesor francés Royer, de Lyon—dijo el inventor inglés,—cuando se

habló del rayo misterioso, lejos de reivindicar prioridad de dominio, como otros, vino a verme a Londres y decidimos continuar los experimentos juntos. Yo no tenía laboratorio adecuado ni he hallado en mi patria el apoyo que esperaba. Royer posee en Lyon vastos laboratorios modernos, en donde viene realizando experimentos análogos a los míos, y como se me han dado toda clase de facilidades, he resuelto establecerme en Francia.»

Con calma imperturbable cuenta que el propietario de su casa en Londres lo despidió porque las radiaciones que emanaban de su laboratorio habían cortado las comunicaciones telefónicas de los alrededores y provocado en las casas vecinas un principio de incendio.

Dijo que está lejos de su ánimo llevar las investigaciones en el sentido de perfeccionar la guerra que propone aplicarlo industrialmente al transporte de fuerza a distancia, en la simplificación del actual sistema de alumbrado, y, además, en infinidad de aplicaciones terapéuticas que interesan a la humanidad.

«Si el gobierno británico—agregó—se interesa mañana por mis inventos, tendrá que entenderse con Francia». Mr. Matthews habla con algo de amargura. Por su parte, el profesor Royer, que lo asiste, para satisfacer la curiosidad de la prensa, dice:

«Estoy persuadido de que con una fuerza de 100.000 kilowats, pueden detenerse todos los motores comprendidos en un radio de cien kilómetros. Estamos en camino de un descubrimiento llamado a revolucionar al mundo.»

Mr. Matthews es hombre de edad media, rasurado, de nobles cabellos blancos, que ondulan sobre su ancha frente. Unas grandes gafas de carey cabalgan sobre la firme nariz.

Dice melancólicamente: «Nadie es profeta en su tierra».

La previa censura del «cine» en Alemania.

La licencia frecuente de las películas cinematográficas, exhibidas muchas veces ante niños de corta edad, ha hecho pensar en casi todos los países civilizados en salir al encuentro de la codicia de industriales desaprensivos con medidas eficaces. Indudablemente, aquí, como en las demás manifestaciones de la pornografía, no hay que fiarlo todo a la ley y a la autoridad. La pornografía es un producto de un medio social desmoralizado, y es preciso esforzarnos en modificarlo actuando sobre los individuos. Pero a la vez constituye un poderoso agente de perversión social. Por eso hay que reprimirla y más aún prevenirla. ¿Cómo? Con la implantación de la previa censura.

Ofrecen interés, a este propósito, los datos que acerca de la organización de la previa censura de las películas en Alemania, expone el doctor Floberger en *El Debate*.

Esta función se ejerce por dos centros radicantes en Berlín y Munich, con íntima relación el uno con el otro. La comisión de censores consta de cinco miembros: un presidente, un representante de empresas cinematográficas, otro de asociaciones de artistas, dos de asociaciones populares. Cuando lo estima necesario puede, para decidir acerca de la interdicción o autorización de una película, oír el parecer de personas competentes (sacerdotes, médicos, etc.).

Las causas determinantes de la prohibición son varias: inmoralidad, ofensas a la religión, perturbación del orden público, ofensas a otros países, etc. La

prohibición puede ser total o parcial, y puede autorizarse la exhibición solamente entre personas mayores.

Es de notar que la prohibición no se limita a Alemania: se extiende a la exportación, y si la empresa a quien afecte la quebranta, puede ser castigada como si la película se proyectase en Alemania.

De igual manera se ejerce la censura sobre las películas importadas del extranjero.

Dice Froberger, que «el riguroso proceder de estas comisiones durante los dos últimos años, ha tenido como consecuencia que la mayoría de las películas que ahora se proyectan no tengan carácter peligroso».

¿Cuándo podremos decir nosotros otro tanto? A ciencia y paciencia de las autoridades se viene tolerando la corrupción del público. Hay entre nosotros disposiciones que autorizan la previa censura; pero no se cumplen no es raro de que veamos aparecer con el marchamo de la censura la mercancía pornográfica.

Una pista de automóviles sobre un edificio de cinco pisos.

En las afueras de la industriosa ciudad de Turín, en el delicioso valle regado por el Po, se alza el grandioso edificio de los talleres de la célebre fábrica italiana de automóviles *Fiat*, que produce 55 coches diarios. Nadie diría que en la techumbre de aquel edificio, existe una espléndida pista por la cual cruzan veloces los automóviles. Es un caso sorprendente y maravilloso que acredita las iniciativas de la ingeniería italiana.

Desde los comienzos de la industria del automóvil, se dejó sentir la necesidad de dar con un medio sencillo y práctico para hacer la prueba de las máquinas antes de su entrega a los compradores. Estas pruebas hay que realizarlas primero en el taller; pero es necesario además montar el motor en el vehículo y ver cómo funciona al sujetarlo a prueba en las condiciones ordinarias del servicio que ha de prestar. La solución más sencilla, cuando se trata de una fabricación de poca importancia, es utilizar al efecto las carreteras ya existentes en las inmediaciones. Pero cuando el número de automóviles que hay que probar diariamente es considerable, dicho medio es insuficiente, y en muchos casos es absolutamente impracticable.

La *Fiat* (según leemos en el número 522 de la revista *Ibérica*, que publica una minuciosa información), ha eliminado estos inconvenientes con una solución que no tiene igual por ahora en ningún otro país, y consiste en una pista de pruebas dispuesta en las mismas azoteas del edificio destinado a la producción. Los chasis, al salir del taller, son transportados por un ascensor que los eleva hasta la pista, situada a una altura de 30 metros, y allí hacen todas las pruebas necesarias bajo la vigilancia inmediata y continua del personal técnico de la Dirección.

Esta pista, de 24 metros de ancho, tiene una longitud de más de un kilómetro, pues corre sobre los dos cuerpos longitudinales del edificio de 507 metros de fachada, y sobre los dos extremos transversales de 24,50 metros. En estos últimos, la pista está trazada en curva, y tiene un desnivel de seis metros en sentido transversal, para que los coches puedan alcanzar las mayores velocidades.

La más triste de las epidemias.

Cerca de 16.000 suicidios; esta es la espantosa cosecha espiritual de los Estados Unidos en doce meses. La estadística compilada de la Liga contra el Suicidio (Save a life League), acusa un emocionante aumento en las muertes voluntarias de las mujeres y de los menores. Esto no puede maravillarnos en nuestros tiempos, en los que el mal ejerce una influencia tan conturbadora de los espíritus, aun en los más equilibrados, y tanto menos ha de maravillarse quien conozca la educación que prevalece entre los norteamericanos, excepto los que son verdaderos católicos.

En los demás yanquis, la educación los ha privado de aquella base moral que en la vieja Europa guarda la honorabilidad del hogar y el respeto a las tradiciones familiares.

La referida Liga explica el alto porcentaje de las mujeres suicidas con la precoz independencia que las muchachas gozan en la casa paternal, al punto de que algunos dicen que la juventud norteamericana crece salvaje, y de otra parte, olvidados los principios religiosos, no se puede llegar a la posibilidad de una educación sólida, en aquel ambiente, puesto que no podemos admitir como educación al simple conocimiento de los usos sociales.

Con la defectuosa educación del carácter se une la enervante manía de los goces y diversiones; la misma Liga ha podido comprobar que una gran parte de las infelices víctimas se quitaron la vida después de una larga serie de fiestas, de bailes y diversiones, que les agotaron las fuerzas físicas, destruyéndoles el sistema nervioso. La Liga en cuestión, después de examinar 4.000 casos de esta clase, concluye por abominar los matrimonios prematuros y de la música excitante. Las próximas estadísticas—añade—demostrarán la eficacia de estas admoniciones.

Hay que notar que en este lúgubre ejército de los 16.000 suicidas se cuentan 100 millonarios, entre hombres y mujeres. Entre los motivos de suicidio que la Liga ha podido estudiar, hallamos casos verdaderamente extraños. Así, una mujer se mata por la muerte de un canario muy amado; una jovencita, porque no la han permitido cortarse el pelo, y un hombre porque no podía resistir el ferrocarril subterráneo de Nueva York.

(*New York Times*).